

# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 227

25 cts

23. JUNIO  
1929



-TENGO UN VECINO QUE TODO EL DIA SE LO PASA GRITANDO. TIENE UN GENIO TERRIBLE  
-¿Y TIENE HIJOS?  
-NO. AFORTUNADAMENTE TIENEN ESA SUERTE LOS POBRECITOS.

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





# EL PARALELO 28°17'

POR  
C. GIOVANELLA Y D. M. BARBIERI

(Continuación)

distaba ya de mí sino algunas docenas de kilómetros. En verdad no creía que la

fortuna de poner mano en los preciosos documentos me hubiera correspondido a mí. Por varios y muy buenos motivos, pensé hasta entonces que el cómplice arrepentido no se habría instalado en la tierra de los Faraones, nación demasiado próxima a Francia para que un prófugo pueda vivir allí sin peligro; pero ahora, que no podía ya dudar del hecho pensaba que el presunto Larouchy habría justamente elegido semejante residencia como la que menores sospechas podía despertar; y meditaba que en último término no debía encontrarse ni en el Cairo ni en Alejandría donde las probabilidades de ser descubierto, eran grandes sin duda, sino allá, en el curso del río, probablemente en un país semi-salvaje donde quizá nadie le conocería como europeo y donde viviría o habría vivido como mahometano rico y tranquilo, con mujeres en abundancia y óptimas pipas, también en abundancia, consumiendo sus horas en torturantes meditaciones y vivos remordimientos, ahogados en un torrente de aromático café.

Pero más aún que en estas consideraciones, me entretuve pensando cómo escaparía de mis dos persecutores que, seguros de encontrarme en el *Pandellini's Hotel*, no aguardaban sino al día siguiente para continuar su ojeo y empezar su actuación en contra de la mía. Era fuerza eludir su vigilancia, o mejor dicho, hacerles perder mis huellas. Lo más atinado me pareció no regresar a la fonda y marcharme al amanecer, no por el vaporcillo de la Cook sino en alguna barca de carga donde no se pudiera sospechar mi presencia. Tomada en el acto esta decisión

que me pareció inmejorable, después de haberme asegurado de que no me seguían, llamé a un coche y ordené al joven moro que lo guiaba me condujese a cualquier posada de las afueras. El *arbaghi* (cochero), ducho en pescar al vuelo el significado de las palabras más en uso en diez acaso de las lenguas habladas sobre la corteza terrestre, no necesitó hacerse repetir la orden; fustigó a sus caballos que piafaban y partió por las grandes avenidas flanqueadas de árboles y las vías fulgurantes de luz y de elegancia, hasta llegar a callejones oscuros y estrechos donde el rodar del armatoste llenaba el silencio ya nocturno con un rumor de piedras que se precipitaran desde lo alto de una torrentera. Paró ante una casa baja y panzuda sobre cuya puerta ardía un farol verde que vertiendo su luz sobre nosotros, me produjo un instante un extraño deslumbramiento.

El recuerdo de aquella posada y de la noche que en ella pasé es uno de los más extraordinarios de mi vida. Atravesé una espaciosa pieza alumbrada también por una débil lámpara verde, y en la que vislumbré en el suelo una paquetón de piernas y brazos de donde salía una voz quejumbrosa de súplica juntamente con un olor nauseabundo que me obligó a taparme boca y narices con el pañuelo. Subí unos crujientes peldaños de madera y me encontré en un cuartucho cuadrado, con un ventanillo que provisto de una reja, se abría casi debajo del techo y con un camastro sin hacer que no consistía sino en un jergón relleno de hojas y cubierto de una mugrienta tela.

Con suma repugnancia y al cabo de un bucn rato de vacilación, me tumbé en el camastro para dar a mi cuerpo reposo. Pensando en las fatigas que me esperaban durante las próximas jornadas, estimé absolutamente necesario no debilitarme con el insomnio, y a fuerza de

voluntad cumplí el terrible sacrificio. Cuando quiso Dios alboreó. Por la reja entraron las primeras fajas de luz y yo salté del fermentido lecho y en un abrir y cerrar de ojos me preparé a salir, no habiéndome siquiera desnudado. Pagué al hostelero, un turco astroso que se dobló en genuflexiones rompiendo en un flujo de palabras para mí ininteligibles, y me vi fuera al fin, al aire libre, con el júbilo del prisionero que puede a la postre salir de la cárcel.

Cómo vine a dar en las proximidades del río, ni lo sé ni lo sabré nunca. Si recuerdo que el llegar allí fué cuestión de mucho tiempo, y que de pronto me encontré ante los altísimos pilares de hierro del puente Kasr-el-Nil.

Bajé al muelle, ya animado por la activa faena de la carga y la descarga, y por gritos guturales de disputas o llamadas. Al borde, sobre las aguas que fluían murmurando, mecíanse unas cuantas pesadas embarcaciones provistas de dos amplias velas que les daban el aire de pajarracos siniestros prontos a intentar un vuelo imposible; y en ellas, o atareados en el embarcadero o sentados en un parapeto de piedra con las piernas colgando sobre el agua, numerosos boteros indígenas, con chaquetón azul abierto sobre el velludo pecho y en la cabeza una gorra de paño, descalzos y con caras tan cetrinas que parecían forjadas en bronce. Me acerqué a uno de los sentados, que estaba fumando filosóficamente y parecía por completo absorto en dicha ocupación que es la más importante de las funciones vitales para un buen musulmán, y le toqué en un hombro, diciéndole en francés:

—¡Eh, buen hombre! ¡dos palabras!

Indolentemente se volvió y no me contestó esperando a que hablase:

—¿Tienes una barca?

—Tengo una *dahabia*, señor— dijo entonces en una especie de dialecto italiota entremezclado con palabras tan pronto griegas, como árabes, como españolas; —una *dahabia* que ha recorrido cien veces el Gran Río desde las Pirámides a las Cataratas y a la inversa. Ahí está. — Y me la señaló con la pipa que se había quitado de la boca.

—¿Cuándo sales?

—Pasado mañana, señor, con un cargamento de trigo. Pero podría llevar un cargamento de piedra.

—¿Cuanto quieres por llevarme hoy, hasta Medinet-el-Fajum?

—No puedo, señor. He de cargar mañana. No puedo.

Yo le volví la espalda y aparenté alejarme; entonces, él me llamó:

—¿Has dicho que hoy?

—Hoy.

El barquero pareció reflexionar un poco y luego añadió:

—Bien está. Volveré esta noche. ¿Cuánto me das?

—¿Cuánto quieres?

Me miró vacilante, como calculando mi capacidad financiera.

—Mucho— declaró por fin, estudiando en mi rostro el efecto de sus palabras.

—¿Cuánto? — volví yo a preguntar, con displicencia.

—El viaje es largo, señor. Saliendo en seguida, no llegaremos a Medinet sino a la hora en que el sacerdote entone la plegaria en lo alto del alminar. Quiero trescientas piastras

La pretensión me pareció exorbitante, pero conociendo la increíble avaricia de los turcos, no dudé en rebajar la cifra considerablemente, y respondí en términos apremiantes:

—Te daré doscientas, ni una piastra más. Y piensa en equipar pronto tu *dahabia*. Nos vamos en seguida.

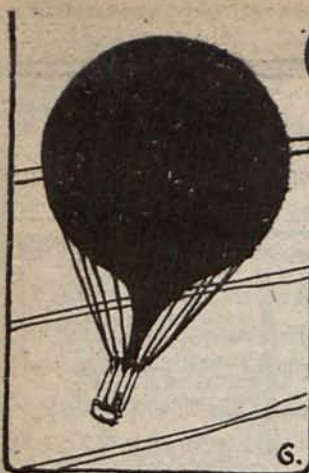
—¡Alláh es grandel! Haz lo que quieras, señor. Me darás algunos de tus cigarros largos.

Se levantó, y haciendo portavoz de sus manos recogidas en torno de la boca, rompió en un alarido prolongado al que contestó un doble grito gutural que no sé de donde provenía. Y a poco llegaron dos nubios altos y crespos, con el torso y las piernas desnudas y envueltas las caderas en un sucio girón de tela roja, que contrastando con el negro reluciente de la piel, les daba un extraño aspecto diabólico que me

(Continuará en el próximo número)

# ANITA BUEN- CORAZON





# UN DRAMA

## EN EL AIRE

POR E. ALGAR

(Continuación)

—Si dentro de un par de horas no hemos llegado a tierra seremos tragados por el mar.

6.

—¿Pero por dónde se escapa el gas?—preguntó el oficial.

El aeronauta alzó la cabeza, olfateó varias veces el aire y moviendo a uno y otro lado su preocupado semblante, dijo:

—El *Tago* es ya demasiado viejo—Después se apoyó de codos en la borda de la barquilla, colocó la cabeza entre ambas manos y se sumió en profundo silencio.

El globo en tanto avanzaba con rapidez extraordinaria aunque cada vez iba descendiendo más de su anterior altura. En su extremidad inferior se formaron grandes pliegues y de todos sus poros emanaba un penetrante olor al gas que se le iba escapando.

Otros dos nuevos sacos de lastre hubo que arrojar al mar y media hora después otros dos, los cuatro últimos.

Se ganaron quinientos metros en altura, pero de nuevo comenzó en seguida el descenso describiendo grandes oscilaciones: bruscamente bajó unos cuarenta o cincuenta metros, después se sostenía un poco y tornaba a caer con más velocidad.

El teniente y su ayudante se contemplaban angustiados. La tierra no se descubría aún y ya no había más lastre que arrojar. Dentro de media hora quizá los tres desgraciados recibirían el primer beso de las olas.

—Señor Camarghaos—dijo el oficial viendo que la superficie del mar se aproximaba más cada vez.—¿No habrá algún medio para detener el descenso del globo? Ya no queda más lastre que arrojar.

—Tirar las áncoras—contestó el aeronauta.

El oficial y Antonio arrojaron las dos anclas, después todas las cuerdas, por último las cestas de las provisiones y las armas.

El descenso se continuó.

El *Tago* seguía manteniéndose a unos cuatrocientos metros sobre la superficie del mar y se oía perfectamente el fragor de las olas.

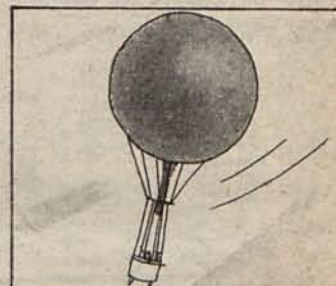
Pero aquella tregua solo duró diez minutos, no más. El globo se iba poco a poco quedando vacío y los pliegues se hacían más grandes cada vez.

Por fortuna no había variado la corriente y los aeronautas eran transportados hacia el norte con una velocidad de unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros por hora.

—¡Ahora sí que vamos a caer!—exclamó el soldado con espanto—La distancia del agua es cada vez menor y... ¿qué haremos entonces?

—Eso pregúntaselo a Camarghaos—dijo el teniente.

El aeronauta se volvió hacia ellos. Tenía otra vez la faz alterada, los ojos flameantes y los dientes le rechinaban. Apretó los puños y mostrándoselos al soldado le dijo:





—¡Tú tienes la culpa, estúpido, de que ahora nos caigamos al agua! ¡Tírate al mar!

—¡Prueba tocarme!—rugió el soldado cruzándose de brazos.

El teniente se interpuso entre los dos, haciéndoles retroceder. En aquel mismo momento una ola del mar saltaba por encima de la barquilla y la llenó de agua.

El señor Camarghaos se agarró al aro de madera y gateó hasta las mallas. Después con el cuchillo comenzó a cortar las cuerdas de suspensión de la barquilla.

—¡Vamos arriba Antonio!—dijo el teniente—que intenta dejarnos abandonados. Apenas les quedó tiempo para agarrarse al aro. El loco, que no cesaba de cortar las cuerdas ya recortaba las últimas. Una nueva oleada sacudió la parte inferior del globo envolviendo a los aeronautas y lanzando lejos a la barquilla que desapareció entre montones de espuma.

Algo aligerado de peso el *Tago* corría y saltaba sobre las crestas del oleaje rozándolas, tornando a alzarse volviendo a precipitarse con sacudidas convulsas sin cesar de avanzar y correr. Los mismos pliegues y arrugas que le resultaban al vaciarse hacían de vela que recogían el viento y le impulsaban adelante.

Se había vaciado ya casi su mitad y se balanceaba para caer para siempre. El teniente y el soldado se habían agarrado fuertemente a las mallas y unas veces se veían a flote y otras sumergidos en las ondas.

Sobre ellos se agitaba el loco que no cesaba de repetir:

—¡Mi pobre *Tago*! ¡mi pobre *Tago*!

Llevaban ya varios minutos luchando así con las

ondas cuando vieron al señor Camarghaos que empuñaba el cuchillo que llevaba a la cintura y abandonaba las mallas.

—¿Qué hace usted señor Camarghaos?—le gritó el oficial.

La mirada del loco era espantosa. Tenía las facciones descompuestas, expresivas de rabia feroz y de sus labios salían horribles imprecaciones.

Se había aproximado a Antonio y de improviso se dejó caer bruscamente sobre él aprisionándole contra sí y sujetándole con las piernas y con el brazo iz-

quierdo. Centelleaban sus pupilas como las de un felino, con fulgor fosforescente.

—Maldito, tú eres quien nos ha perdido—rugía.

—¡Deténgase, Camarghaos!—gritó el teniente mientras se apresuraba a ir en ayuda del pobre joven. El aeronauta le contempló como sorprendido y después lanzó una carcajada, seguida de una sonrisa, risa de fiera que muestra sus blancos y agudos dientes.

—¡Le mato!—gritó.

En su mano derecha

relampagueaba la hoja azulada del cuchillo.

El soldado, que apenas si podía sostenerse agarrado con una mano a la malla de la red, se defendía con la energía que infunde todo momento desesperado y trataba de desligarse de aquel abrazo mientras se defendía también de las ondas que daban continuos asaltos al aerostato.

El teniente se descolgó hasta la última cuerda. Agarró el puño al aeronauta y se lo retorció. El loco dejó caer el arma lanzando un grito de dolor y por último cayó al agua lanzando una última imprecación.

(Continuará en el próximo número)

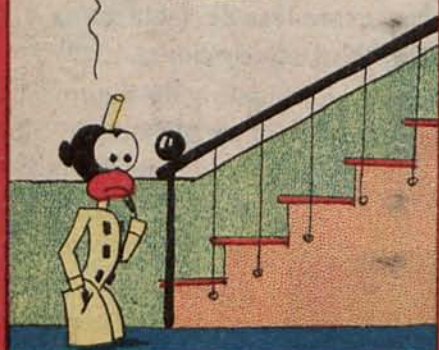




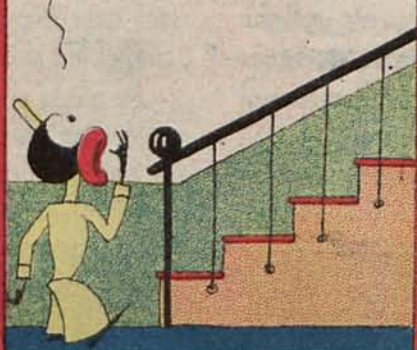
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



SI DON TURU ME PRESTASE UN REALITO ME IRÍA AL CINE; PERO ¡CUALQUIER RASE SUBE HASTA EL SÉPTIMO PISO Y QUE LUEGO LE DIGAN A UNO QUE NO! LO MEJOR SERÁ QUE BAJE. ÉL



¡¡DON TURULATOOOOO!! ¡BAJE CORRIENDO, QUE TENGO QUE DARLE UN RECADO URGENTÍSIMO!



YA ME PIENSO YO PARA QUÈ ME LLAMAN. ESO ES QUE ME HAN DADO EL PREMIO NOBEL DE ESTE AÑO ¡ME LO ESTABA FIGURANDO!



YO ESTABA VIENDO QUE CUALQUIER DÍA ME HONRARÍAN CON ALGO. NO SE PUEDE LLEGAR A SER HOMBRE IMPORTANTE!

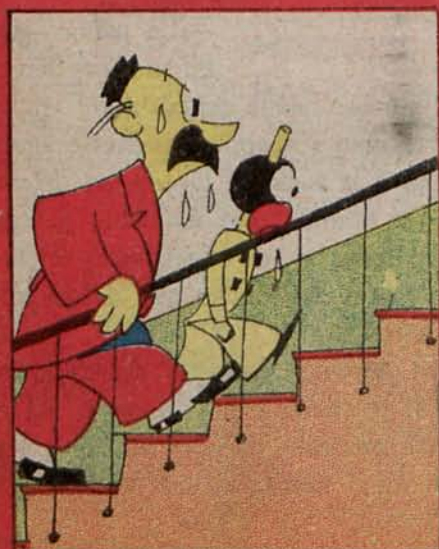


¡SI NO FUESE POR EL ASUNTO TAN IMPORTANTÍSIMO DE QUE SE TRATA, A BUENA HORA ME TIBA YO A BAJAR LOS SETECIENTOS QUINCE ESCALONES QUE HAY DESDE MI PISO!



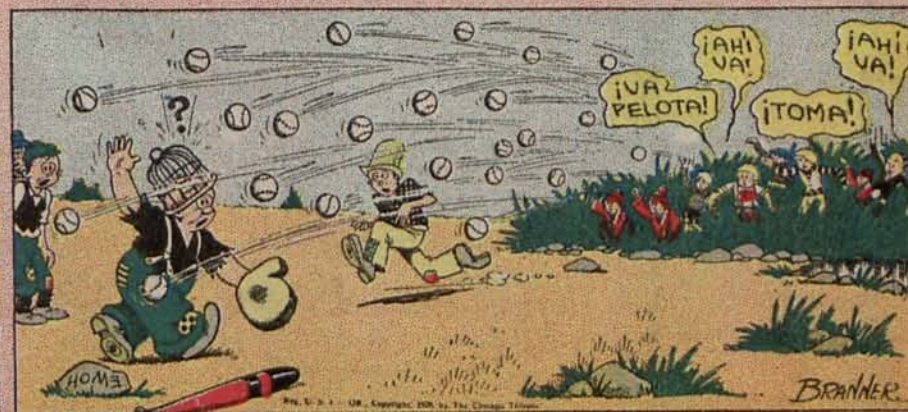
SALUD, SEÑOR CURRINCHE ¿QUÈ NOTICIÓN ME TRAES?

NO SE ASUSTE, PERO ES QUE YO QUERRÍA QUE ME DEJASE UN REALITO PARA IR AL CINE





# COLORÍN y su PANDILLA



# CUENTOS DE CALLEJA

## EL TESORO DE SALOMÓN

Casillo

**R**EVOLVIENDO en el Rastro un montón de libros viejos, vine a dar con uno medio desmenuado, el cual, según un amigo que sabía muchas cosas, estaba en hebreo, y decía dónde se hallaba el tesoro de un famoso negociante llamado Salomón.

Al día siguiente nos pusimos en marcha, llegando a los pocos días al lugar de la antigua Mesopotamia que el libro designaba como lugar donde el tesoro estaba escondido. Apenas llegados, nos pusimos al trabajo inmediatamente.

Después de seis horas de manejar el pico, logramos encontrar el subterráneo, cuya entrada había cegado el tiempo. Cuando penetramos oímos ruido de agua.

—Ya hemos llegado al río de que habla el libro—dijo mi compañero—, pero este río subterráneo tenía un puente, y, después de tanto tiempo, ese puente ya no existirá.

Lo que se nos figuró río era un cauce seco por el cual pudimos bajar no sin miedo. Al penetrar en una galería tropezamos con un enorme bulto, y al iluminarle con las antorchas, vimos que era el cuerpo de un gigantón que, desmenuándose y poniéndose en pie, dejó oír el ruido de unas cadenas que allí le sujetaban. Al ver a los expedicionarios dió un bostezo, como si dijera:

—¡Qué buen desayuno para esta mañana!

Y después nos preguntó:

—¿Quiénes sois, y qué venís a buscar aquí?

—Y usted ¿quién es?—preguntamos asombrados—. Déjenos el paso libre y seguiremos esta aventura.

—Por mí podéis entrar; pero la salida va a ser algo dolorosa.

Pasamos libro en mano, y nos encontramos frente a dos galerías, una estrecha y otra ancha. Como no sabíamos cuál de ellas seguir, calóse mi amigo las gafas y buscó en el libro el itinerario.

—¡Carapel!—exclamó—; aquí tropiezo con una palabra que

no conozco; no sé si dice marcha a la derecha o a la izquierda.

—¡Pero, hombre! ¿Y tú eres maestro de hebreo? ¿No te da vergüenza?

—Espera, espera, a ver si por el resto saco el sentido: «Encontrarás un guardián terrible», dice el libro; pues vamos a ver si lo encontramos.

Entramos al fin por la galería mayor, y nos encontramos una puerta tan carcomida como la primera. De un porrazo saltó; pero apenas se hubo desplomado, cuando brotaron del suelo terribles llamas.

—¿Qué hacemos?—grité.

Espera que lea: «Si quieres vencerle, atraviesa las llamas sin temor y no te quemarán: si tienes miedo, eres perdido». Ya lo oyes; no tengas miedo.

—No le tengo—repuse—, porque estoy convencido de que el miedo cuando sirve para algo es para estorbar.

Y atravesamos aquellas llamaradas sin quemarnos.

—Ya debemos estar cerca del tesoro—dijo mi guía—, porque en el libro está escrito lo siguiente: «Pasado el fuego te espera el hierro, y después, si eres digno, entrarás en el tesoro, que será tuyo, si lo mereces».

—¡Caramba, ésta sí que es gordal! ¿Y cómo saber si lo merecemos o no? ¿Y si, después de tanto trabajo y tanto susto, salimos con las manos vacías? Pero yo

creo que lo merezco. Soy un buen hombre, aunque me esté mal decirlo; tú sí que me parece que te quedas sin un cuarto, porque eres un tuno.

—Déjate de bromas—dijo mi compañero—, porque el asunto es serio.

Seguimos avanzando, y a poco encontramos en el suelo multitud de lanzas, espadas y flechas que, en cuanto nos acercamos, comenzaron a moverse.

—¡Demontre!—dije—. Eso se mueve, y yo siento también en las piernas un movimiento y una tentación de correr... Mira el libro a escape: ¿no ves que nos van a hacer butifarra catalana?





—Espera, hombre, espera. El libro dice: «Para evitar el hierro hay que ponerse el sello en el pecho, y marchar resueltamente adelante».

—Bueno; pero y yo ¿qué me pongo delante, si el sello le tienes tú?

—Marcha detrás de mí.

Colocóse mi amigo el libro en el pecho, enseñando el sello de Salomón; yo me agazapé detrás de él, de modo que no se me viera pie ni mano, y adelantamos. Apenas nos acercamos, las lanzas se pusieron de punta, las flechas silbaron por el aire y los sables comenzaron a hacer terribles molinetes. Al fin dejamos atrás las terribles armas, pero no conseguí salir ileso; en el momento de franquear el último sable, me incorporé un momento, y recibí un palo feroz en tal sitio, que no me pude sentar a gusto en seis semanas. La última puerta se abrió por sí sola en cuanto avanzamos, y, después de un corredor estrecho que daba siete vueltas, entramos en la cripta donde se hallaba el tesoro. En el centro se alzaba un sepulcro de mármol y oro, y en él encontramos, ¡poder divino!, el cadáver de un hombre de lengua barba, que llevaba una especie de mitra en la cabeza.

—Este es Salomón—dijo mi compañero.

Después de contemplarle nos dirigimos hacia los rincones en que habíamos visto grandes montones de joyas y piedras preciosas. Yo, como tonto, metí mano a los diamantes pero en este momento vimos, a la incierta luz de las antorchas, que el dueño del tesoro se incorporaba en su sepulcro, luego se ponía en pie, y nos decía con voz de trueno:

—¡Meñtecatos! ¿Creéis que tengo yo ahí eso para vosotros? Pues estáis equivocados. Ninguno de los dos sois dignos de tales riquezas.



Nosotros intentamos protestar. Yo me adelanté muy digno; pero apenas había comenzado a hablar cuando recibí tan fenomenal puntapié, que subí por el aire con la velocidad de un cohete, y, cuando creí que iba a estrellarme la cabeza contra el techo, ví que éste se abrió dando un crujido, y me encontré sentado en el monte, sin saber por dónde había salido.

—¡Vaya unos modos—decía yo rascándome la parte dolorida—que me gasta el buen don Salomón! Y, a todo esto, ¿será más feliz que yo mi compañero?

No pasaron dos segundos, cuando salió también echando chispas del seno de la montaña y con las manos puestas en sitio análogo

—Pero ¿has visto?—le dije.

—¡No me hables!—gritó—.

No he visto, he sentido, y bien.

—¿Y qué decía de eso el libro?

—Ahí le faltaban las hojas. Debería romperte la cabeza por haber comprado libros incompletos. Verdad es que si

yo sé lo que me iba a pasar, ¡cualquier día me muevo de Madrid para recibir un puntapié tan disparatado y salir a través del techo como una bala de cañón!

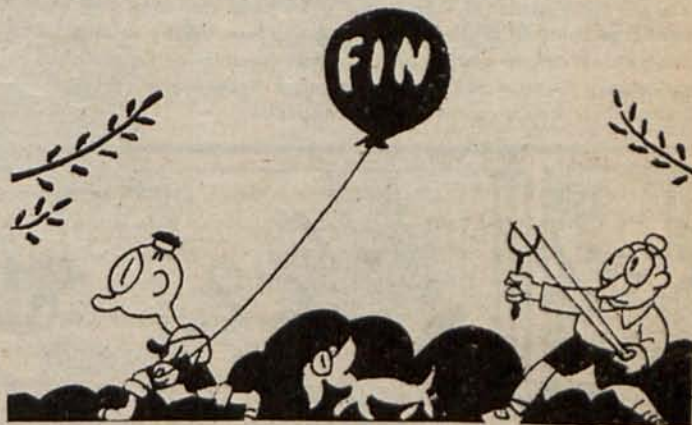
Allí dejamos los picos, las antorchas, todo, y al día siguiente emprendimos la vuelta.

Al registrarme un bolsillo encontré cuatro diamantes de gran valor, y a mi compañero le ocurrió lo mismo.

—Ya lo sé; Salomón ha querido pagarnos el viaje.

—Sí—interrumpí—, y el modo con que nos hizo viajar.

En mi vida he vuelto a comprar obras incompletas, ni a meterme en aventuras cuyo resultado no haya visto más claro que el cristal.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué quieres que hablemos hoy, mi querido Chonón?

—Yo quisiera, mi amigo buho, que hablásemos del desierto.

¿Te parece interesante el tema?

—Interantisísimo. No sabes tú bien las emociones que encierran esas inmensas y desoladas extensiones en que reina la más espantosa soledad.

—Por eso quiero que me hables de ellas. Coje pues, las alforjas y vámonos al desierto. Claro que el viaje que vamos a hacer va a ser completamente imaginario. Vamos a cruzar el desierto sentados en este cómodo butacón en que tan divinamente me encuentro.

—Ni más ni menos que si fuese un camello. Así da gusto. Ya darían cualquier cosa las caravanas que atraviesan esas regiones desérticas por poder hacer sus viajes sin salir de casa. Vamos pues allá. Tú ya sabes lo que es desierto ¿verdad?

—Me lo figuro. Creo que es una dilatada y árida extensión de arena en la que muy de tarde en tarde se encuentran trozos con vegetación y agua.

—¿No te acuerdas del nombre que se da a estos sitios favorecidos en medio del desierto por la vegetación y el agua?

—Sí señor; se llaman «Oasis».

—Los desiertos más renombrados por sus vastas extensiones son el Sahara en África y el de Gobi en Asia. En América también hay desiertos, que se llaman «sábanas». Los desiertos arábigos, que ocupan casi toda la extensión de esa península asiática llamada Arabia, son quizás, los más terribles, tanto por los peligros de la inmensa soledad y desolación del terreno, cuanto por los que ofrecen las tribus nómadas que lo cruzan en todas direcciones. En estas regiones es preferible no encontrar a nadie. Ya ves tú si el consuelo es bien desagradable.

—Has estimulado más mi curiosidad, querido buho. Vámonos a la Arabia. Transpórtame en alas de la fantasía a esta región de tantos peligros. Quiero meterme en la mismísima boca del lobo.

—En ese butacón no le tienes miedo a nada. Estas regiones de los desiertos están habitadas por dos clases de árabes. Unos que viven en poblados situados en los límites de estos desiertos o en los grandes oasis de su interior, y otros que vagan por los inmensos llanos de arena, errantes, sin fijar nunca su residencia en un determinado lugar. Son nómadas por naturaleza y tan acostumbrados ya a los horrores del desierto, que no cambian su vida por otra alguna.

—¿Qué encantos les puede ofrecer?

—En primer lugar es para ellos el elemento más esencial de vida el disfrute de libertad absoluta. No tienen rey ni ley. Están en contacto inmediato con la naturaleza, de la que obtienen una vida saludable. Ella les proporciona aires puros, sol, mucho sol, alimentos y cobijo.

¿Qué más quieren? Toman el alimento donde lo hallan; construyen sus frágiles e inestables viviendas con elementos naturales, como la fibra de la palmera y la piel de carnero. A estos árabes, se les llama «beduinos», voz que significa habitante del desierto. Se agrupan formando tribus y se disputan unas a otras el derecho a ocupar los lugares más deseables de los territorios que recorren. Así están constantemente en guerra. Todos disponen de magníficos caballos, camellos, armas y viviendas portátiles.

—Lo que demuestra, mi querido buho, que no todo es desolación en el desierto. También habrá zonas en que la vegetación brinde al hombre una vida relativamente agradable.

—Desde luego. No solamente son los oasis los que ofrecen medios de vida. En Arabia, sobre todo, aparecen en su región septentrional extensiones inmensas en las que llegada la época primaveral crecen infinidad de plantas y flores silvestres que constituyen un pasto excelente para el ganado. Por esto hay muchos beduinos que poseen grandes rebaños de ovejas, cabras, caballos y camellos.

—Y por qué me has dicho antes que las tribus nómadas que andan errantes por los desiertos son un gran peligro para los viajeros?

—Porque estas tribus se dedican casi todas a la piratería y en cuanto notan la presencia de un extraño, lo saquean y aun llegan a asesinarlo si muestra la menor resistencia. En cambio estas tribus ofrecen una curiosa particularidad. En sus propios campamentos se muestran altamente cumplidos y hospitalarios. Reciben a los caminantes que llegan a sus poblados con verdadero acogimiento, y le prodigan toda clase de cuidados y atenciones. Como el manjar más rico que puede ofrecerse a un caminante del desierto, es el agua, es lo primero que le brindan y por cierto bien cristalina y fresca.

—¿Agua fresca en esas llanuras abrasadas por el sol?

—Aunque te parezca raro todos los campamentos tienen agua fresca, gracias a unas cántaras hechas con tierra muy porosa.

Si no fuera por esas vasijas, no habría forma de beber el agua, pues esta brota en pozos de profundidad muy escasa. Las viviendas son tiendas enormes de forma cónica y en su centro tienen un hoyo que sirve de hogar. Los alimentos de los beduinos son sabrosos y sanos. El principal es el dátil que con tanta abundancia se les ofrece en los palmerales de los oasis. Con los huesos de dátiles triturados y molidos, obtienen un excelente pienso para el ganado. Toman también la leche cuajada de las yeguas, y el arroz con trozos de cabrito o carnero. Hacen golosinas, como el «Kak» que es un bizcocho duro y redondo, una bebida de jugo de dátiles en fermentación, y una mantecquilla agri dulce a la que llaman «gui».

—¿Pues sabes que no se tratan del todo mal?

—Y además saborean el café que más fama lleva en el mundo. El de Moka.

—Excelente café. ¿Se cultiva acaso en el desierto?

—Si se cultivara en el desierto ya no habría tal desierto. Pero cerca de él, en las regiones fértiles de la Arabia, se dan buenas cosechas de este rico producto. Esta variedad de café fué llevada a Arabia, desde Abisinia, por un peregrino y la tumba de éste, que se encuentra en Yemen, es objeto de gran veneración por parte de los Árabes.

—Si no fuera por esos malditos beduinos aún darían ganas de aventurarse a hacer una excursión por el desierto ¿no te parece?

—Me parece que no. No compensas estas golosinas de la inquietudes, zozobras y peligros que ofrece el desierto. Mejor estás en ese silloncito, querido Chonón.

—¿No crees que estaríamos mejor saboreando una tacita de Moka?

—Hombre desde luego.

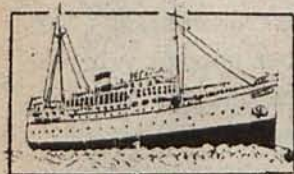
—Pues que nos la traigan.



# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El Cristóbal Colón  
F. Fernández, 14 años



Mi perro Pupi  
Lolita Roldós, 11 años



Amazona  
Inés Jaraquemada  
13 años



Silueta  
V. Tacón



Mi tío  
Alejandro González  
12 años



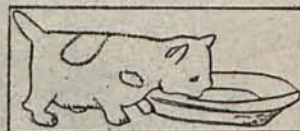
Pinocho va a la escuela  
Rafael Ruiz



Guerrero  
F. Fernández



Don Quijote  
Luis Calles



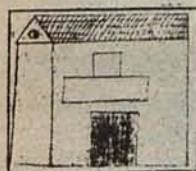
Un gato.—Carmen Lorca



Iglesia castellana  
Paquito Molina, 7 años



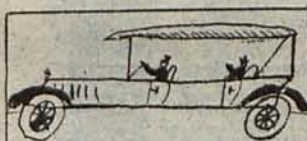
La señora Kukufate  
Lolita Fernández, 13 años



La casa del guarda  
Vicente Roldán, 10 años



El hombre monstruo  
Adolfo Carmona



Mi tío paseando en su auto  
Joaquín Escayola, 9 años



Un cisne  
José Ayala



Aeroplano.—Alberto Latorre



Harold Loyd  
Rafael Nogueira



Niña saltando  
Raquel Iruretagoyena



Mi muñeca  
D. Ortega



**MALAS PULGAS**  
es uno de los ocho tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.

Precio UNA peseta



Mi profesor de árabe  
Candelaria Sánchez  
11 años



Andaluza  
J. Jaraquemada



Un penitente  
José M. Martín  
7 años



La santa de Panamá  
Baby



Linda colegiala  
Joaquína Jaraquemada



Charleston  
Luis Vidal Ribas

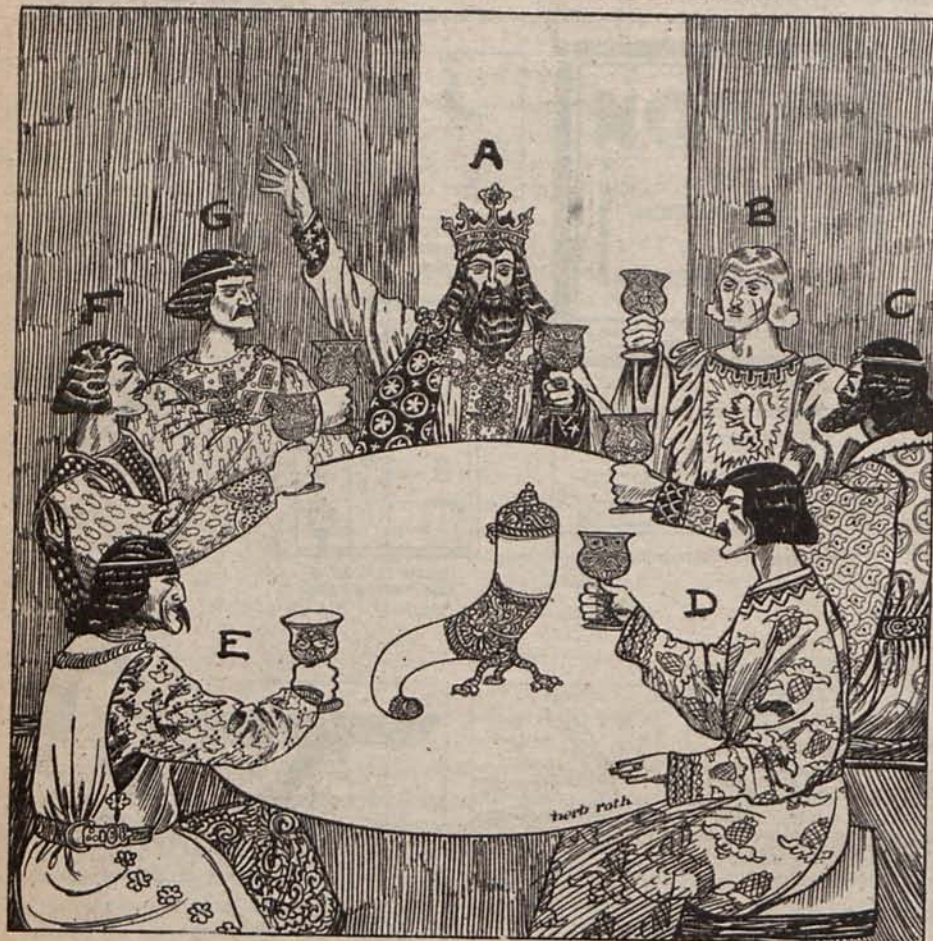


Bequeriana  
I. J. V.

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS CABALLEROS DANESES



Y dicen los cronicones que después de haber comido y bebido de lo lindo los seis caballeros, sin duda por efecto de los vapores del vino, les entró tal nerviosismo y desasosiego que echaron mano a las espadas y comenzaron a reñir. Y aquello hubiera terminado en espantosa carnicería a no ser porque uno de ellos, el más sensato, logró sobreponerse a la situación y consiguió calmarlos.

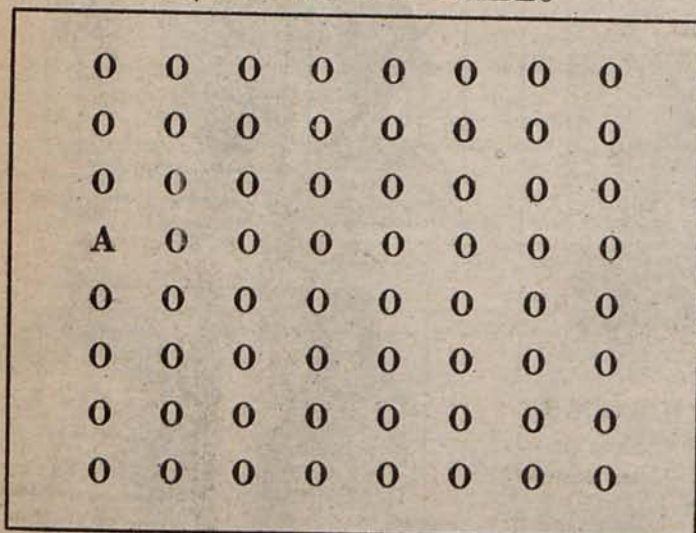
Pero con objeto de no volver a las andadas propuso que cambiaran de sitio para no tener de vecino al mismo que habían tenido durante la comida.

Así lo hicieron pero procurando que G estuviera lo más lejos de A, y B lo más cerca.

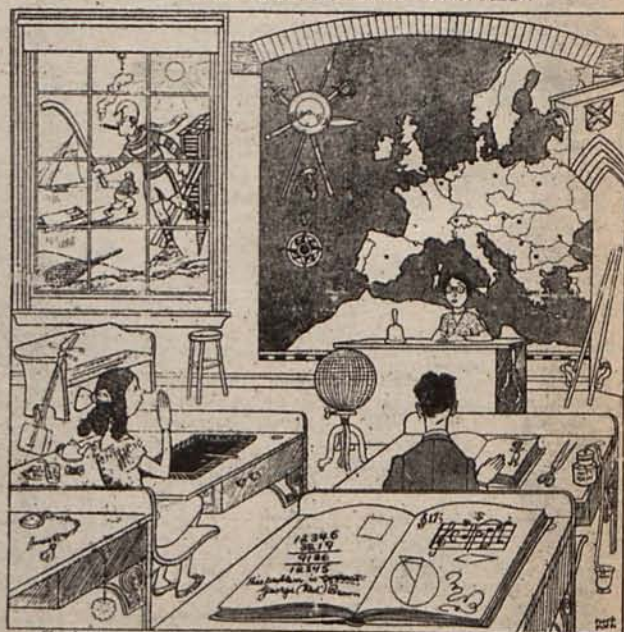
¿Podéis decir vosotros cual fué después la colocación de los caballeros en la mesa?

## LA FATÍDICA HACHE

### LOS CEROS DEL DIABLO



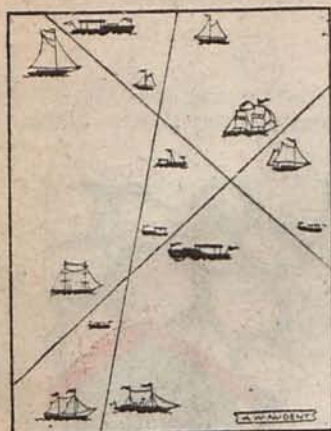
Partiendo de la A trazar una línea que sin interrumpirse pase por todos los ceros. La línea quebrada que resulte ha de estar compuesta de 14 líneas rectas.



¿Cuántos objetos cuyos nombres se escriban con H hay en este dibujo?

# SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

## LOS BARCOS



## LAS RATAS

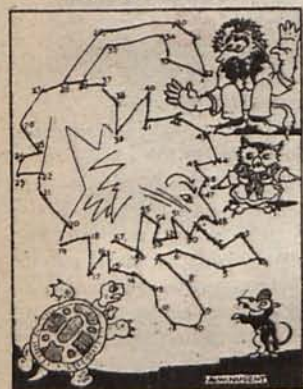


Dibujo con errores

(número 208)

- 1.º—Está mal la resta.
- 2.º—Están mal las sombras de los cuerpos.
- 3.º—Una rueda del perro tiene el eje torcido.
- 4.º—El papel del dibujo atraviesa la manga del dibujante.

## LOS NÚMEROS



Dibujo con errores  
(número 209)

- 1.º—Le falta una pata a una silla.
- 2.º—Le falta un ojo al gato.
- 3.º—Los travesaños de la silla que está ocupada están torcidos.
- 4.º—La pata de la mesa no está en el centro.

## LOS CONEJOS Y EL GATO



Dibujo con errores  
(número 210)

- 1.º—Mal el cordel del cuadro.
- 2.º—Mal el agua del jarro.
- 3.º—Mal el pico del jarro.
- 4.º—Mal los lentes.
- 5.º—Mal la bola de la sopera.
- 6.º—Mal un pico del cuadro.
- 7.º—Mal el cuello del de los lentes.

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

### FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Gregorio Goyeneche.  
Segundo premio.—Pepe Gascuña.  
Tercer premio.—Aquilino Perales.  
Cuarto premio.—Norberto Novella.  
Quinto premio.—Encarnación Espinosa.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado:

Pompeyo Ramírez, Antonio Celaya, Anita Galindo, Hugo Switz, Ramoncito Tosti, Amparo Calvo, Ismael Calvo, Consuelo Calvo, Rita Serantes, Vivardo Sostrada, Eleuterio J. Cifuentes, Félix Camacho, Elías Vallana, Carmen Totana, María Lombardero, María González-Villamil, Oscar Cuadrado, Telmo García, Francisco Riquelme, Nicasio Gordezuela, Pepe Villarias, Carmelo del Cerro y Tobías Colmenero.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE NOVIEMBRE

### FALLO DEL JURADO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Esperanza D. Bada.  
Segundo premio.—Juan Manuel.  
Tercer premio.—Carmen Urrutia.  
Cuarto premio.—Angel Laborde.  
Quinto premio.—M.ª del C. Calderón.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado:

M. A. de Sotomayor, C. Maldonado, Gloria López, L. Coello, Pedro A. Pérez, Mercedes Poch, Mercedes Rey, Mercedes Bosch, Alejandro Miret, F. Benedito, Alejandro Miret, Juan Maza, Paquito A. Cienfuegos, Luis Vidal, Luis Calleja, Fernando Bermúdez, P. Serra, Pedro Orduña, J. A. Illera.



# SECCIÓN PIRULA

CHARLAS de PIRULA  
CUENTISTA

## El perrito encantado

A Bebé le gustan los cuentos de hadas por encima de todas las cosas.

Debo advertiros que a pesar del nombre que le doy -que le dá todo el mundo- Bebé no es un bebé. Lo de Bebé es el diminutivo que se daba a sí misma Isabel cuando era un bebé; y aun cuando ahora ya no es ningún bebé se la sigue llamando Bebé.

A pesar de sus nueve años, a Bebé le gustan los cuentos de hadas cada día más. Y ha llegado a verlo todo en cuento maravilloso.

Por ejemplo, no casca nunca una avellana sin la esperanza de ver surgir un palacio de mármol, o un buque de guerra o una carroza de oro tirada por ocho caballos.

Cuando respira el perfume de una flor, siempre espera que esto baste para que surja ante ella un gigante que la diga: «Soy tu esclavo; mándame y no hay nada en el mundo que no consiga para tí» o alguna otra frase parecida.

Pero sobre todo Bebé les tiene pánico a las viejecitas que piden limosnas; nadie le quita de la cabeza que la que más y la que menos son brujas que disponen del poder de convertir a la gente en animales.

Nada la asusta tanto a Bebé como esta idea; cierto que en los cuentos sólo se encantan a los príncipes y a las princesas; y el encantamiento suele ser

pasajero, pues siempre acaba el héroe por vencer todas las dificultades y desencantar al príncipe o a la princesa y devolverle su forma humana.

Si pero ¿y si en la realidad las cosas suceden de otra manera? ¿Y si a alguna bruja se le antoja convertir a ella, Bebé, en rana o en pulga o en ratón, a pesar de que no sea hija de reyes? ¿Y si luego no aparece ningún héroe dispuesto a sacrificarse por ella?

Para tranquilizar a Bebé, le voy a contar un cuento que la demostrará que no siempre el ser convertido en un animal es un castigo impuesto por una mala bruja; a veces, puede ser un bien; sino la convengo con el cuento del principito Azulín, al menos la habré distraído un rato... y a vosotros también puesto que a todas os lo cuento a la vez.

Cuando nació el príncipe Azulín, sus papás que eran el rey Azulón y la reina Azulina, soberanos de la Isla Azul, invitaron al bautizo como es natural, todas las hadas del país.

Las hadas, perfectamente enteradas de que aquella invitación era interesada y que a cambio de unas pastas y unas copitas de Jerez, se las pedían dones impor-



tantes al recién nacido, cumplieron amablemente su misión.

Una le regaló la bondad, otra la gracia, otra el valor, otra la inteligencia. La última que se acercó a la cuna del regio infante era una hada, a quien nadie conocía; llevaba un vestido color de esperanza, tenía los ojos color de ilusión, el pelo color de tiempo, y su varita mágica, estaba hecha con dientes de serpiente de mar.

Dijo con voz grave: «Quiero que a partir del momento en que el príncipe suba al trono, quede convertido en perro, siempre que a mí se me antoje».

«¿En perro? ¿mi hijo convertido en perro?» gritaron a una los reyes horrorizados. Pero ya el hada misteriosa había desaparecido.

El príncipe creció; era bello y bueno, inteligente y valeroso pero sus padres no olvidaban la fatal sentencia; y cuando hubieron transcurrido quince años, S. M. Azulín murió con la pena de pensar que dejaba en el trono a un rey que estaba expuesto a quedar transformado en un can vulgar.

Al principio, Azulín I gobernó admirablemente y fué dichosísimo; sólo tenía pequeño defecto: el de no ser sordo a las palabras de sus ministros.

Y una pequeña desgracia: la de tener ministros de los cuales unos eran ladrones, otros derrochadores, y otros tontos.

Y entre unos y otros dilapidaron la hacienda, embrollaron las cuentas y, por último, para arreglarlo todo, le hicieron firmar al rey unos decretos que aumentaban los impuestos de un modo exorbitante.

Ya había firmado el rey buen número de estos decretos cuando un día al presentarle el ministro de Hacienda un decreto de impuesto más fuerte que todos los anteriores, al ir a firmar, el rey sintió una singular pesadez en la cabeza y en las manos.

—No me encuentro bien —dijo— me voy a acostar; firmaré mañana.

Se quedó solo; pero al ir a meterse en la cama cayó al suelo; quiso gritar y de su boca salió un ladrido; se miró al espejo y ¡horror! vió que estaba transformado en perro. Entonces dió un salto por la ventana abierta, cruzó corriendo los jardines de palacio y se encontró en la calle.

En este punto del cuento, Bebé me interrumpe:

—¡Ay! pobrecito príncipe Azulín—exclama con los ojos llenos de lágrimas—, ¡qué horrible desgracia!

—Quizá no sea tanta como te figuras, y hasta resulte un bien.

—¿Es posible?

Ya lo verás el domingo que viene.

